

Resumen:

A partir de dos novelas, *El río de las congojas* de la escritora argentina Libertad Demitrópulos y de *El corazón a contraluz* del chileno Patricio Manns, este trabajo analiza las formas de conquista y delimitación de fronteras en el marco de dos conquistas que tuvieron lugar en distintos momentos históricos en el territorio que actualmente conforma la República Argentina. La primera remite a la conquista española en la zona del litoral, y a la fundación de la ciudad de Santa Fe, mientras que la segunda refiere al siglo XIX, cuando ya el país se había conformado como República independiente de España y atravesaba por el proceso de organización nacional en el siglo XIX. La política de ampliación de fronteras en ese marco significó la expansión y ocupación en el territorio del sur argentino, la zona patagónica. Ambos textos, escritos entre mediados y fines del siglo XX plantean desde una excelente utilización de los recursos escriturarios en el marco de la novela histórica, el drama de la conquista, los conflictos entre dominadores y dominados, la inherente violencia y traslados que implican formas de exilios diversas donde se complejiza la relación entre los personajes, a lo que cabe agregar la significación que promueven las imágenes plasmadas en los textos.

* UBA

Memorias de fines del siglo XX

En 1981 Libertad Demitrópulos publica *El río de las congojas*. La autora había nacido en 1922 en Jujuy (murió en Buenos Aires en 1998). La editorial Sudamericana publicó esa novela en 1981, vale destacar, cuando la última dictadura militar, si bien había transcurrido su fase más asesina, continuaba, como continuaría aun después de su degradado final, por otras vías en un imaginario fuertemente consolidado, el del período postdictatorial, cimentado en la condena o exclusión de las lecturas históricas que no fueran la execración del pasado inmediato y la vindicación de la tradición liberal/neoliberal. Este panorama, ha cambiado, aun cuando los resabios de esa tradición siguen siendo significativos. Pero, lo que se quería destacar aquí es justamente el valor de revisión del pasado en la novela de Demitropulos quien logra, entonces, eludir una miopía relativa de los censores (quizá por presentarse como un texto histórico hablando de pasadas cuestiones que a lo mejor podían ser equiparables a esos folletines que fueron acumulándose en décadas siguientes, saturando se diría el consumo, prestándose a aquilatarse no como novelas históricas sino en una maniobra del mercado, como “culebrones” de “época”, y digo de época” acudiendo a una frase cristalizada, porque es precisamente esa denominación lo que apunta a un tiempo pretérito no bien definido, vistoso, se diría, por trajes y escenarios (más de una vez infieles al referente pero efectivos al fin). En cambio, consecuente con su obra e ideología, Demitrópulos postula la impulsión de hablar de una diacronía que llamaría imprescindible, en tanto reivindica la dimensión temporal y con ello parece desafiar al borramiento (o falseamiento, o trivialización de la memoria histórica ocurridos entre los ochenta y noventa (en tanto perspectivas que a fuer de “hablar” de pasados recientes o menos recientes, no operaban sino una clausura del pasado), para revolver (re-volver; revolucionar respecto de los *corsi* y *ricorsi* de la historia, Vicco mediante), a fin de trazar no sólo una necesaria dimensión de la continuidad, del enlace entre lo que aconteció y siguió, sino además, como en la mejor tradición de la novela histórica, visitar el pasado en lo que tiene de incidencia en el presente, ineludible incidencia, que se pregunta por el cómo y de qué modo. Responder a tales raigales cuestiones pone en escena el relato afincado en una dimensión ideológica y política. Lo que me remite a las dos novelas aquí consideradas. La segunda, *El corazón a contraluz*, de Patricio Manns, aparece aproximadamente una década después.

Ambas muestran su potencia en tanto bien podría hablarse de novela histórica, en lo que ella implica en una tradición que nos remonta no sólo a los “orígenes” teorizados por Lukács de un género altamente valioso en lo que trasunta en sus relaciones con la literatura (como producción artística) y la sociedad (en tanto la indefectible referencia a que los géneros y subgéneros nos

remiten como parámetros de significación teniendo en cuenta contextos de emergencia y concreciones literarias, que bien puede remontarnos a, por nombrar algunas *Guerra y Paz* de Tólstoi, o si se quiere, más cercanos en tiempo e idioma, *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, o, más aún en la vidriera de lo “actual”, *Bernabé, Bernabé* de Tomás de Mattos). ¿Cómo se apela el pasado? Esto es lo que puede dividir aguas. Y que, tal vez nos pondría en la conflictiva situación, de cómo se encara y desde dónde, lo acontecido. Lo que tiene una directa relación con lo que señalo en cuanto a los modos en que se “va”, por decirlo de algún modo, a lo que supone un complejo proceso interdiscursivo, donde se juegan simultáneamente modos de operar, intepretar y producir discursos literarios. Vale entonces tener en cuenta no meramente las referencias en tanto múltiples relatos pudieron utilizarlas, lo que interesa, justamente es a qué apuntan aquellos que, valga un ejemplo, *El Entenado* de Juan José Saer, bucea para dar con una cuota de sentido.

Estamos aquí refiriéndonos a la colonización del Sur de ese vasto territorio que fueron colonias de España a partir de los viajes de Cristóbal Colón y los que se sucederían en la compleja trama exploratoria y afincadora que se puede cifrar en la palabra “conquista”. Queda así claro que este género o subgénero –el de la novela histórica- no se vindica en tanto exploración del pasado, en tanto reposición de hechos que bien podrían pensarse como ubicados en cualquier lugar y terreno, o sea, como escenario más o menos vistoso, mero decorado, donde latan pasiones y otros componentes de la novela –lo que bien podría ser un sucesorio de esta, pero, que no reclamaría para sí, aquello que justamente es su razón de ser en tanto hablemos conflictivamente de narración: de los hechos ocurridos y de aquellos que en ese marco pudieron haber ocurrido en la cimentación de una verdad encerrada en los verosímiles. Porque los parámetros de ese pasado van a organizar las acciones y posibles narrativos, hasta rebasar esa limitada versión de “lo histórico” en relatos más o menos costumbristas, para plantear, fuertemente, una toma de posición e interpretación de la historia. Ahí es donde la llamada ficción se emparenta con la verdad. Al hablar de ficción queremos destacar la idea de la capacidad figurativa de los discursos, su modo de plasmarse, la construcción de sus referencias, los procedimientos que elije, y en este sentido, la ficción histórica se vuelca sobre el pasado para, mediante las estrategias elegidas, tornarlo presencia, en una dialéctica de ausencia/ presencia inherente a la representación, que no implica –tal como se ve claramente en la modalidad elegida por Demitrópulos- reponer hechos en una suerte de crónica, sino que, en el dispositivo narrativo (las voces de la novela, la peculiar temporalidad elegida) apuntan al corazón de los conflictos y promueven, en aquello que va configurándose como recorridos (en dimensión espacio-temporal) de los personajes, una tensión que promueve la labor interpretativa, o sea, qué hicieron pero sobre todo por qué, lo que paradójicamente parece

enfanzado si pensamos en zonas donde los enigmas y los secretos, se erigen en las relaciones entre protagonistas, en sus preguntas y también en sus decisiones.

La conquista

La palabra (lat. Conquistare, de *conquisitum*: ganado) aparece en el DRAE según varias acepciones: 1. Ganar, mediante operación de guerra, un territorio, población, posición. 2. Ganar: conseguir algo, generalmente con esfuerzo, habilidad o venciendo algunas dificultades. 3. Dicho de una persona: ganar la voluntad de otra, o traerla a su partido. 4. Lograr el amor de alguien, cautivar su ánimo.

Al considerar en ambas novelas el núcleo de la conquista (de América, a partir del siglo XV, la primera, y del llamado “desierto”, ya en el período independiente y en el siglo XIX, la segunda) no sólo se confirma la etimología: ganar, conseguir algo sino que además el afán de posesión está implícito y lo vemos circulando en estas novelas en lo que atañe a bienes materiales, desde luego, pero también, en lo que a deseos de conquista amorosa se refiere: de ahí una doble dimensión que se conjuga bien en estos textos: el deseo de dominio y de poder, que implica la domesticación del *otro* frente al *nos-otros* (compartidores de una prosapia, capaces de establecer más que vertiginosas asociaciones de linajes, des-prestigiados y pretigiosos (valga pensar en la biografía de Popper).

Linajes y conquistas

Proponer como núcleo significante la “conquista” atiende a una acción que no se desliga –al contrario- de sus circunstancias espacio-temporales, pero que sí apunta a señalar una política de dominación (con todo aquello que involucra en cuanto a los rasgos de dominador/dominado) atendiendo a constantes y variables. Esto es, aludir a aquello que el blanco/ el europeo pone en movimiento respecto de *un otro* (o *más otro*) visto, en esa suma otredad como alguien podría decirse ontológicamente diverso. Y esa visión persiste y continúa en un lapso de siglos. Con todos sus variantes esquemas epistemológicos, pero que sin embargo (en los paradigmas dominantes) no deja de marcar la diferencia: otro/ otra. La reluciente otredad y extrañeza de Drimys Winteris, pero no menos la de María Muratore.

El contraste entre dos tiempos y dos lugares sirven para diseñar cronotopos (en el sentido bajtiniano del término), relación espacio-temporal, referida aquí a un núcleo concreto, que halla su denominación fuerte en la conquista. Las empresas, por llamarlas de algún modo, relacionadas con el sometimiento y la expropiación de los territorios por una parte podría decirse, de manera general que aparecen como una constante, algo así como uno de los movimientos incesantes en la

larguísima tradición histórica verificable en el planeta. En este caso, nos remitimos a las regiones americanas del sur del subcontinente, en tanto es ahí donde ambos textos se emplazan.

Aun si comunes denominadores son el genocidio y el racismo, la ideología –religiosa primero, científica luego - de la primacía europea, estamos considerando al hablar de conquista de los territorios americanos, las campañas de dominio que diversamente se implementaron respecto de quienes tenían sus organizaciones (diversas por cierto y por cierto, como en todas las comunidades humanas, no carentes de conflictos de poderes y hegemonías), asentadas fuertemente espacios precisos, en los intercambios con hechos naturales y construcciones simbólicas. El territorio Selk´nam, así aparece más destacado en tanto podríamos pensar en los mestizajes tejidos en *El río...* Y es esa diversidad la que ambas novelas ponen en juego, muy en sintonía con lo que decía Lukács respecto del género:

...se trata de resucitar poéticamente a los seres humanos que figuraron en esos acontecimientos. Lo importante es procurar la vivencia de los móviles sociales e individuales por los que los hombres pensaron, sintieron y actuaron precisamente del modo en que ocurrió en la realidad histórica. (Lukács, 1971: 44)

No es de menor importancia hablar de la dimensión poética, desde luego no en el sentido de idealizaciones, precisamente la idea de “resucitar”, volver a la vida (en la plasmación de lo narrado) soslaya las dimensiones generalizadoras y abstractas, logra en las posibilidades figurativas que brinda la literatura, para anclar en lo concreto y material.

La ciudad y sus fundaciones. Décadas y conquistadores

Buenos Aires, fundada por primera vez en 1536 por el Adelantado Pedro de Mendoza, seguía el sueño de alcanzar la posesión (nuevamente) de las supuestas riquezas (oro y plata) que muy lejos de hallaban del estuario por donde entrara antes Juan de Solís, por otra parte en el aspecto político, la continua rivalidad con los portugueses (que seguiría en los siglos siguientes), presentaba la necesidad de un asentamiento español. Fracasado el intento, la segunda fundación va a llegar desde territorios del norte donde ya existía un afincamiento. Se trataba entonces de establecer o restablecer un puerto. Pero no se trata sólo de la ciudad al sur, en la desembocadura de los grandes ríos. Santa Fe y Cayastá ostentan también sus fundaciones. La actual Cayastá, está asentada casi en el sitio donde en 1573, Juan de Garay fundó por vez primera la ciudad de Santa Fe. Agustín Zapata Gollán (1895-1986), que inició las excavaciones en la zona de la vieja fundación en 1949. No es

poco significativa la fecha si se la remite a un período histórico cuyo desarrollo y posteriores desenlaces operan como indicios de un proyecto novelístico de quien adhiriera al peronismo y buscara en sus textos, ahondar en la historia nacional. Juan de Garay partió desde Asunción un 14 de abril de 1573 con el exclusivo propósito de fundar una ciudad que facilitara el recorrido fluvial entre el Río de la Plata y Asunción. La expedición contaba con una españoles, mestizos y aborígenes. Dato no poco importante en la novela. La toponimia de *El río...* proporciona la nominaciones de entonces, provee datos respecto de el espacio naturlas, las dificultades de la empresa y los traslados humanos.

La necesaria convivencia de este heterogéneo conglomerado humano, diverso en lo étnico y en lo cultural, sin duda conformó una sociedad de características especiales donde cada grupo hizo aportes de su cultura originaria. Abandonado que fue el lugar tras el traslado al nuevo emplazamiento, el río Quiloazas con la paciencia que los años pusieron a su disposición fue carcomiendo las costas y modificando su cauce sin apuro pero sin pausa. Fue Garay quien repartió personalmente los solares, determinándose los espacios para chacras y suertes de estancias.

Juan Díaz de Garay, va a emprender la nueva fundación, en una situación, que, unas décadas después había variado el espectro social. No sólo no eran los llegados de España, sino que además el mestizaje cambiaba la composición de quienes lo acompañaban, y precisamente, esa condición, eso que de los aborígenes se había asentado en muchos de quienes luchaban a la par y a las órdenes del jefe, ponía en juego otros matices. Situación de mestizaje múltiple además y de expansión de lugares, el Perú, el territorio del Brasil, derroteros abiertos para los personajes, además del sur. *El río de las congojas*, por otra parte, en tanto río, se constituye en otro espacio significativo, el valorado frente a la tierra insegura, acechada, agua y tierra, y la presencia fuerte de un río, más que significativo en la historia de estas tierras. Por tanto, los lugares se hallan potenciados, tanto en lo que se refiere a elementos naturales como culturales, porque, cuando acontecen los hechos, la ciudad con sus construcciones varias, implicaba la presencia de hábitos y a la vez, posibles sitios donde asentarse, sitios también donde conservar la memoria, donde erigir, signo de una instalación cultural, el lugar de los muertos.

El río de las congojas, inquietante, produce algo así como una expectación frustrada en caso de que un lector esperara un recuento más o menos ordenado de la segunda fundación de Buenos Aires. Las voces que confluyen o mejor dicho, aportar sus fragmentos para armar el relato, mestizos, criolla, negro, no son desde luego la palabra que, por ejemplo, podía emerger en relatos de la conquista española como las cartas de Cortés o aun de esa “historia verdadera” de Bernal Díaz del Castillo. El aprovechamiento de técnicas novelísticas que produjeron en el siglo XX nuevas

posibilidades para la novela, sin abandonar, podemos decir, cierta matriz realista (desde luego no hablamos de realismo en tanto la escuela literaria que descolló en la literatura occidental en el s. XIX), y, según apuntamos, rasgos propios de la novela histórica. De una novela histórica como podía y puede escribirse luego de la larga tradición que nos remontaría al Romanticismo. El relato asume perspectivas descentralizadas en sus niveles compositivos, desde la propia ubicación de los personajes (lo que liga ese descentramiento con el lugar de la figura históricamente central, y esto también podría pensarse en una perspectiva de la posibilidad fictiva de la novela histórica para emplazar justamente imaginarios ampliados al no quedar circunscriptos ni al protagonista histórico ni a su cosmovisión, justamente para focalizar múltiplemente lo narrado. Así, es Santa Fe como si se tratara de ver por imagen, en ausencia, lo que acontecería en la empresa fundadora. ¿Qué va aconteciendo en el sur, qué acontece en Santa Fe? ¿Qué y cómo se va preservando en tanto memoria transmitida? La dimensión del mito (en su efectividad histórica) permanece en el devenir, en los años acumulados. Mucho sucedió en el pasado, motines, pasiones, amores desencontrados, heridas en el cuerpo y en el alma, y es contra el posible olvido de todo eso que se erigen materialmente los las nítidas imágenes y los objetos (Blas de Acuña, María Muratore e Isabel Descalzo), aun cuando las aguas en su violencia, parecen querer borrarlo, porque persiste la palabra y las genealogías. No otra cosa parece decir el contundente final de la novela.

Liliana Heer, en ocasión de la entrega del premio Boris Vian 1997, a Libertad Demitrópulos (Librería Gandhi, Buenos Aires), aludió precisamente al modo en que el texto se constituye en memoria:

Demitrópulos tiene la virtud de mancillar la lengua imprimiendo tonos enriquecidos de miserias y anhelos; los tonos que suelen tener los seres cuando se aventuran a revelarse contra quien manda a poseer, vaciar, matar una identidad, una patria. Su escritura rescata expresiones verbales, giros de inmediatez que confieren a la oralidad el carácter de una epifanía al tiempo que actúan como núcleos de resistencia dejando la trama en suspenso. En el intento por mantener viva la polifónica lengua de los argentinos –recobrada y también inédita- su narrativa adquiere una dimensión real. Aquellas partículas que sufrieron el letargo de lo sepultado cobran vida merced a la incesante mordedura sintáctica.

El conquistador y la Flor

El corazón a contraluz, del chileno Patricio Manns (Biobío, 1937) surge en la década del noventa como manifestación de un proyecto escriturario sólido. En este caso, durante el siglo XX, el autor retoma un momento histórico del XIX para desarrollar el relato, en el marco de la campaña ejecutada en Tierra del Fuego (entre la Patagonia Chilena y la Argentina) y el exterminio de los Selk'nam por parte de los europeos. En este paisaje Manns entreteje una historia de amor, bastante compleja, complejidad que bien podría sintetizarse en la que ostenta la pareja protagonista: Iulius

Popper (el europeo) y la extraña Drimys Winteris (en una dimensión que desafía lo verosímil, pero que al tiempo que la muestra en su peculiar aspecto físico, en sus aprendizajes y saberes múltiples, surge como la cautiva (tres veces cautiva), pero además, voz de un pueblo que está siendo aniquilado; las tierras fueguinas son el escenario de una guerra, donde prevalece la de conquista por sobre la de supervivencia.

--- Cada vez que vienes hasta la ventana yo puedo ver latir tu corazón a contraluz --- dijo dulcemente.(...) Ella hizo notar entonces que incluso los chamanes Selk'nam no podían nadar contra ciertas armas de los blancos: un rémington, el aguardiente, la tuberculosis, la sífilis. El selk'nam no poseía anticuerpos, y a causa de ello podía ser asesinado con un beso(...) Las razas patagonas y fueguinas que tuvieron contacto sexual con los blancos habían asegurado su propia exterminación.” (Manns, 1996: 41)

Bibliografía

Demitrópulos, Libertad, *El río de las congojas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1981.

García, N., y C. Ormazábal, *Árboles Nativos de Chile*. Santiago: Enersis S.A., 2008.

<http://manns.cl/web>

http://www.pampagringa.com.ar/Pueblos/PROV_STA_FE/GARAY/cayasta/historia_cayasta.htm

Lukács, George. *La novela histórica*, México, Biblioteca ERA, 1971.

Manns, Patricio, *El corazón a contraluz*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1996.

Mónaco, Ricardo E., “*Río de las Congojas*, de Libertad Demitrópulos: cuestiones de textualidad y género”, en *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, , N° 27, 2002 , págs. 411-416

Poderti, Alicia, “Libertad Demitrópulos: la historia y la armadura, en “Homenaje a Libertad Demitrópulos”, en revista *Alba de América*, Instituto Literario y Cultural Hispánico - California State University, Volumen 17, N° 32, 1999.